

la Capital de la República, adonde llegó el 31 de Marzo, después de una penosa travesía de mar y tierra, llena de penalidades é inconvenientes; pero suficiente para poner á prueba la paciencia y abnegación de ciudadanos que ansiaban llegar á la ciudad de Zaragoza, para unir sus esfuerzos á los de sus hermanos del benemérito Ejército de Oriente.

La llegada de ese contingente llamó mucho la atención, pues su venida al teatro de la lucha, burlando en el Pacífico la vigilancia de los cruceros franceses y arrojando toda clase de peligros, consiguiendo al tránsito de 400 leguas entre escabrosas montañas y bajo la influencia terrible de un clima mortífero, daba una muestra del espíritu patriótico que reinaba en la República para defender la Independencia nacional.

Llegado apenas á la Capital, recibió con júbilo la orden de marchar contra el faccioso Butrón, incorporado á la Brigada Cuellar, con la que cooperó de manera oportuna y decisiva al triunfo obtenido sobre la chusma de dicho traidor, según lo tenemos referido en otra parte de este capítulo.



CAPITULO XXX.

Rendición de la plaza de Zaragoza.—Impresión que este suceso causó en la República.—Simpatías por ésta en el extranjero.—La orden de 17 de Mayo es ejecutada.—Aspecto de la ciudad.—Entrada de algunos Oficiales y soldados franceses en la plaza.—Entrada de varios grupos de traidores.—Actitud del pueblo.—Amonestación del General González Ortega.—Visita á éste una Comisión de jefes del Estado Mayor francés.—Percance vergonzoso acaecido á algunos oficiales de las fuerzas de Márquez.—Documento ignominioso remitido por Forey para ser firmado por los Jefes y Oficiales acabados de rendir.—Digna contestación de éstos, y delicada situación á que por ello quedaron reducidos.—Entrevista de González Ortega con Forey.—Visita éste al Jefe mexicano en la casa que le servía de prisión.—Conducta criminal del clero poblano.—Salen para Veracruz, prisioneros, los Jefes y Oficiales del Ejército de Oriente.—Salen para ese Puerto González Ortega y los demás Generales.—Conducta indigna del ejército francés.—Evasión de muchos de los prisioneros.—Evasión de los Generales Ortega y Llave.—Decreto del Congreso de la Unión, declarando que el Ejército de Oriente había merecido bien de la patria, y enalteciendo su heroico comportamiento.—Circular del Ministerio de la Guerra, por motivo de la rendición de Puebla.—Proclama del Presidente de la República.—Nota en que aprueba el Gobierno la conducta de González Ortega.—Algunas reflexiones acerca del asedio y rendición de la heroica Zaragoza:—El General en Jefe del Ejército de Oriente.—Una opinión del ilustre Altamirano acerca del sitio de Puebla.

Hemos descrito á fuer de escritores verídicos, el asedio memorable que sufrió la Plaza de Puebla por el Ejército francés el inolvidable año de 1863, reseñando sus principales episodios y llamando la atención hacia ciertos hechos de valor y heroísmo que tan alto pusieron el decoro y buen nombre de la República, en esa tan esforzada defensa, valladar formidable que encontró el enemigo, y cuyo triunfo debió, no á su valor y pericia militar, sino á un conjunto de circunstancias aciagas y críticas, cuyo peso incontrastable fué imposible salvar.

La pérdida de la ciudad de Zaragoza causó honda impresión en el país, y su sensible caída sirvió sólo para templar más el espíritu público y redoblar los esfuerzos, así del Gobierno Supremo como de la Nación en general, para repeler la inicua agresión de que estaba siendo objeto: sin la falta de municiones de boca y guerra, las huestes napoleónicas habrían tenido que levantar el sitio, y que reconcentrarse á varios de los puntos principales de su línea, en espera de circunstancias mejores para proseguir la campaña; y esa suspensión de hostilidades habría sido quizá su derrota, y el justo castigo de un absurdo incalificable.

Datos tenemos ministrados que corroboran este aserto, pues se recordará la intención de Forey, de acuartelarse en el cerro de San Juan, durante la mala estación de lluvias, y su resolución decidida de no dar más asaltos ni emprender ningún ataque á los distintos puntos de la línea fortificada; operaciones que calificó de infructuosas, y por lo tanto, de inconvenientes.

Por otra parte, la pérdida de Zaragoza, como que ensanchó nuestras relaciones internacionales: pendientes los pueblos débiles del resultado de esa agresión pirática, cuyo triunfo podía sentar precedentes fatales para la independencia de esas colectividades pequeñas, siguieron con interés creciente y atención suma todas y cada una de las peripecias principales de una campaña, notable por más de un motivo, en los fastos sangrientos de la guerra.

Nuestra lucha contra la Francia, después del suceso á que nos estamos contrayendo, entró en una nueva fase: el entusiasmo existente en favor de México, por parte de nuestros hermanos de la América del Sur se desarrolló en esos días, con inusitado ardor, como si una poderosa corriente eléctrica le hubiera comunicado su gran tensión.

El Nuevo Mundo sintióse conmovido por las maquinaciones insidiosas del hombre del "2 de Diciembre," recibiendo nuestra patria una serie de manifestaciones de cariño, de simpatía y de afecto verdaderamente fraternal, así de los chilenos como de los peruanos, y en suma, de los americanos en general, que consideraron la causa de nuestra patria como la causa común de todo el Continente.

"La caída de Puebla, ha dicho el señor Iglesias en su hermoso estilo, ha inspirado á distinguidos escritores de aquellos países tier-

nas elegías á la memoria de nuestros héroes, himnos triunfales á la gloria de nuestros guerreros. La constancia de los patriotas mexicanos, la firmeza del Gobierno constitucional, han arrancado sinceros elogios á los sudamericanos.

"Las subcripciones abiertas á favor de nuestros hospitales militares han producido sumas cuantiosas. Las diversiones públicas, cuyos productos se han destinado al mismo objeto, han estado muy concurridas, dándose en ellas repetidos testimonios de adhesión á México.

"Valientes voluntarios se han manifestado dispuestos á venir á pelear en defensa de nuestros derechos conculcados. La prensa ha pulverizado en artículos luminosos los pretextos de la invasión francesa. Las manifestaciones más entusiastas de particulares y corporaciones han revelado la profunda indignación que ha causado allí el atentado cometido contra un pueblo débil.

"Los acontecimientos de la guerra han excitado vivamente el interés público, como si se tratara de cosa propia y no ajena.

"Tales demostraciones de fraternal cariño no serán ciertamente estériles.

"La comunidad de intereses de todo un Continente, será una rémora para la repetición de empresas que encontrarán ya alerta á los amagados por el mismo peligro. El sentimiento exaltado y animoso del americanismo hará que la Doctrina Monroe llegue á ser la base del derecho público de las antiguas colonias de España. Será ya imposible engañar la opinión pública, encubriendo planes ambiciosos con el palio de supuestas regeneraciones, cuando se vea que desde la California hasta el Paraguay, desde el Bravo hasta el Plata y el Amazonas, la voz robusta de 20 repúblicas proclama en las notas de sus diplomáticos, en las obras de sus publicistas, en las arengas de sus tribunos, en los cantos de sus poetas, en los clamores de sus pueblos, el odio á la extraña dominación, el horror á las monarquías, el amor á la libertad."

La inquietud en la Capital por los sucesos de Puebla era intensísima, y esta situación de expectativa sólo puede calcularse por la satisfacción que los triunfos adquiridos sobre el invasor, durante el asedio, causaron en todo el país; pues éste, en situación tan crítica, comprendió que no se trataba sólo del honor militar, puesto á

salvo por la victoria del 5 de Mayo, sino que se trataba de algo superior: de las instituciones, de la honra, de la dignidad y de la independencia; y de ese triunfo dependía quizá, no sólo la suerte de México sino tal vez la de toda la América, cuyo bienestar y autonomía se veían perturbados por el déspota del 2 de Diciembre.

Creíase que sin esa victoria Inglaterra seguiría su política de indiferencia; la España continuaría implorando la gracia de enviar á la Capital una guarnición, luego que aquélla estuviera conquistada; y por lo mismo México, defendiendo su honra y autonomía, luchaba también, según hemos tenido ocasión de demostrarlo en el curso de nuestro relato, por la causa de la civilización y de la libertad universal.....

Se estaba asistiendo á un magnífico espectáculo, cuya grandiosidad y trascendencia excedía en mucho á cuantas esperanzas concibieran los mexicanos en un éxito brillante, que muy pronto vendría á ser admirado en el Mundo, y que inspiraría aliento y brio á los pueblos humillados, para romper el yugo que les había impuesto el déspota de las Tullerías.

Las victorias obtenidas sobre el invasor (del 26 y 28 de Marzo), causaron en México un entusiasmo que rayó en delirio: el júbilo se manifestó de manera completa, solemnizando las glorias nacionales alcanzadas sobre los franceses; y las músicas, vítores, iluminaciones, discursos y otras demostraciones improvisadas, pero todas rebozando espontaneidad y contento, atestiguaban los sentimientos patrióticos de que se sentían animados los mexicanos, y las profundas emociones de que se hallaba poseído su corazón.

El Gobierno y las asociaciones populares felicitaron cordialmente al Ejército de Oriente; y esas demostraciones de júbilo se iban repitiendo en los Estados á medida que llegaba á su noticia la plausible nueva: palabras elocuentes y llenas de amor á la patria formularon é hicieron publicar los ciudadanos de la Junta Patriótica, los de la Compañía Lancasteriana y los directores, catedráticos y empleados de los Colegios nacionales de Minería, San Juan de Letrán y San Ildefonso, del que era Rector el distinguido C. Sebastián Lerdo de Tejada.¹

¹ En la Junta Patriótica de México, el C. Zarco propuso que se dirigiera inmediatamente una felicitación al Ejército de Oriente por los triunfos que acababa de obtener en Puebla:

Además, y no creemos inconveniente el repetir que nuestros compatriotas residentes en California, oportunamente abrieron una subscripción entre ellos para con su producto regalar una espada de honor al invicto General Zaragoza, por su victoria del 5 de Mayo de 1862," y continuaron por el mismo modo reuniendo fondos para auxiliar á la madre patria en esa época de su mayor tribulación.

La simpática sociedad intitulada "Fundadores de la Independencia del Perú," dirigió al Ejército de Oriente y á su digno Jefe, el insigne Zaragoza, una entusiasta felicitación por el triunfo referido, pues que por medio de él acreditaron ante el Mundo ser los fieles custodios de la libertad é independencia de la Nación.

Por lo tanto y contrayéndonos al asunto de la rendición de Zaragoza, diremos como por vía de conclusión, que teniendo en cuenta la proverbial bravura y ejemplar disciplina del Ejército francés, no menos que su vanidad é insultante orgullo, se creyó que el ataque á la ciudad no sería como lo fué, un sitio en toda forma y con estricto arreglo á las leyes del arte de la guerra, sino una serie de embestidas y asaltos formidables que habrían resuelto la cuestión en un breve espacio de tiempo; razón por la que el General en Jefe del Ejército de Oriente acopió elementos de defensa para un mes, término que creyó más que suficiente para el objeto; sin embargo, las cosas tomaron otro giro y el desenlace del drama se verificó en los términos que dejamos referidos en el capítulo anterior, y en los demás que continuaremos narrando para que nuestros lectores adquieran perfecto conocimiento de los hechos, y que serán como su digno complemento.

Pasada la impresión dolorosa que produjo en los defensores de la

admitida la proposición, el Sr. Ramírez (D. Ignacio) fué el encargado de la redacción, que quedó así; y al leerla su autor, escuchó en el salón una triple salva de aplausos:

"El pueblo de México saluda y admira al pueblo armado y vencedor en Puebla de Zaragoza: las baterías de los invasores desmontadas; su 1ª y 2ª paralelas holladas por nuestros valientes, prometen á la patria una completa victoria: la Europa, el Universo, esperan esta noticia para aplaudirla, y dirán con la Junta Patriótica: *los vencedores de los franceses son los primeros soldados del Mundo, y abren las puertas del porvenir y de la gloria á la libertad de todas las naciones.*"

La misma Junta resolvió abrir una gran subscripción nacional en favor de las viudas, huérfanos y mutilados que resultaran de la guerra contra Francia: fué nombrado Presidente de la Comisión, el C. Francisco de P. Cendejas.

plaza la noticia de la rendición, éstos, en debido acatamiento á la orden respectiva, empezaron á ponerla en ejecución.

Los soldados, casi todos llorando y poseídos de desesperación, rompían sus armas sobre los parapetos, reductos y murallas, y al frente del enemigo: Batallones enteros, conducidos por sus Jefes y en formación regular, llegaban á la Plaza de Armas, y frente al Palacio hacían astillas los rifles y fusiles que les habían servido para presentarse invencibles ante los que entonces se decían los primeros soldados del Mundo, diseminándose en seguida y con el mayor orden por los arrabales de la ciudad.

Por todas partes se escuchaba la imponente detonación de la artillería: era que esta arma predilecta estaba siendo destruída según las órdenes superiores, y los soldados de ella cumplían su mandato, después de haber llenado sus deberes portándose como buenos en la defensa de la plaza.

Unos polvorines con algunos restos de municiones que había en San Agustín y otros puntos, volaron con los edificios que los contenían.

Las primeras luces de la mañana del 17 vinieron á alumbrar aquel conjunto de horrores; la heroica Zaragoza presentaba un cuadro siniestro: edificios en ruina, especialmente por el rumbo del Poniente; escombros por todas partes; puertas, barandales, balcones, pedazos de muebles, tiestos de flores, útiles de cocina, todo hecho pedazos, hacinado y revuelto y arrojado á las calles, lo mismo que un número considerable de restos de uniformes y de armas de todas clases que acababan de ser rotas: esto es lo que se veía por todas partes; esto es lo que obstruía el tránsito por las vías públicas y lo que laceraba el corazón.....

El enemigo no abusó de su *triunfo*: algunos soldados franceses que se hallaban muy inmediatos á nuestros parapetos, llamaron la atención de sus Jefes hacia el hecho del rompimiento de las armas por parte del Ejército Mexicano, y obtuvieron ésta respuesta:

“El Ejército francés sabe respetar al valor, y una guarnición que se ha conducido como la de Puebla no merece sino nuestros respetos y admiración. Dejemos que hagan los defensores de la plaza todo lo que crean conveniente al honor de sus armas.”

Poco después empezaron á llegar á Palacio grupos de Jefes y Ofi-

ciales armados con rifles; mas al ver á sus compañeros que allí estaban, con sólo sus espadas y distintivos militares, rompieron aquéllas para no tener ni siquiera esa garantía.

La plaza estaba, pues, completamente inerme.

Algunos Oficiales y artilleros franceses comenzaron á entrar desarmados por las calles de la ciudad, sin más objeto, al parecer, que el de saciar su curiosidad de ver los destrozos que habían hecho sus proyectiles sobre los edificios; y como á las 7 de la mañana, varios grupos de traidores entraron por la Plazuela de San José y otras calles, cometiendo excesos y desórdenes: uno de esos grupos penetró hasta la Plaza de Armas, y al llegar allí el pueblo apostrofó á esos individuos, llamándoles *traidores* y *bandidos*.

Estos arremetieron con las lanzas á quienes los recibían tan mal; y entonces el pueblo se diseminó, dirigiéndose frente al Atrio de Catedral y Palacio del Gobierno.

El General González Ortega mandó decir á aquellos malos mexicanos: “que estaba entendiéndose, respecto de los asuntos de la plaza, con el General Forey, y que como suponía que habían penetrado en ella sin la autorización de dicho Jefe, esperaba que se retiraran luego.”

Así lo hicieron en el acto.

Después, un Ayudante de González Ortega llegó ante la presencia de éste, conduciendo más Jefes de alta graduación del Ejército francés.

“Uno de ellos, dice aquel General, cuando se hallaban en el Palacio y en la pieza de mi habitación, me dijo: que iba comisionado por Forey para manifestarme, que entraría á la ciudad el número de fuerzas francesas que yo designara, que ocuparían los puntos que estimara por conveniente, y que se afianzaría la seguridad de la población en los términos que yo acordara, para lo cual me suplicó le dijera cuáles eran las autoridades políticas y de la localidad para entenderse con ellas; y me dijo, por último: que yo podía permanecer con todos los Generales, Jefes y Oficiales del Cuerpo de Ejército de mi mando, en el Palacio ó en los edificios y casas particulares donde me fuera más cómodo y lo juzgara más acertado; y que los referidos Generales, Jefes y Oficiales quedarían con sus equipajes, armas y distintivos militares, por la conducta noble y digna que habían observado.”

“Mi respuesta fué decirle: que daba las gracias al General Forey por la muestra de atención que me dispensaba, al consultar mi parecer respecto de los medios que debían adoptarse para afianzar la seguridad de los intereses y de las vidas de los habitantes pacíficos de la población; pero que estando yo con el carácter de prisionero nada podía decir ni acordar relativo á la ciudad, y por lo mismo, que se dispusiera lo que se estimara por más conveniente: que por el estado de guerra en que ésta se hallaba no había más autoridad local que la que yo ejercía, la que cesaba con la rendición de la plaza; y que por lo que respectaba á las concesiones otorgadas al cuadro de Generales, Jefes y Oficiales del Cuerpo de Ejército de Oriente, yo ni las había solicitado, ni pedido garantía alguna para los que se rendían.”

“Al oír mis últimas palabras, dijo: que para contestarlas no necesitaba recurrir al Cuartel General, pues se hallaba autorizado para ello: que las garantías que acababan de otorgarse por su conducto á la oficialidad de la plaza, no era porque yo las hubiera pretendido ó solicitado, sino porque eran las que una nación culta como la Francia, otorgaba siempre á un ejército honrado y valiente como el que yo mandaba.

“Volví de nuevo á darle las gracias por aquel acto de justicia, y se retiró.”

“Después se me presentó otro Jefe francés, diciéndome: que en el Atrio de Catedral estaba colocada una escolta de Cazadores de Africa y una Guardia de Zuavos en la Puerta de Palacio, y que una y otra fuerza no tenían más objeto que prestar garantías á mi persona y oficialidad: que ya se había hecho salir á todos los traidores que penetraron á la plaza, y que por lo mismo, cuando tuvieran que salir algunos Jefes y Oficiales de los que se hallaban en Palacio, me sirviera mandarlo avisar al Oficial de guardia con uno de mis Ayudantes.

“Le di las gracias, y se retiró también.”

Como entre 10 y 11 del día pasaban por la plaza dicha unos Oficiales pertenecientes á las fuerzas de D. Leonardo Márquez: algunos grupos del pueblo les dieron el epíteto de traidores. Unos cazadores de Africa desdoblaron algunas baquetas de fusil de las que se hallaban tiradas por todas partes, y con ellas azotaron públicamente á dichos Oficiales.

Castigo merecido para quienes hacían ostentación de su cinismo

y perversos sentimientos, y que el pueblo que lo presencié y la oficialidad del Ejército Mexicano que se hallaba en los balcones de Palacio aplaudieron frenéticamente.

El 18 por la mañana recibió el General Ortega, por conducto de un Jefe francés y por mandato expreso de Forey, el siguiente impreso:

“Corps expeditionnaire du Mexique.—Etat Major General.—Los que abajo firmamos, Oficiales mexicanos hechos prisioneros, nos comprometemos bajo nuestra *palabra de honor* á no salir de los límites de la residencia que nos estará asignada, á no mezclarnos en nada, por escrito ó por actos, en los hechos de guerra ó de política por todo el tiempo que permanezcamos prisioneros de guerra, y á no corresponder con nuestras familias y amigos sin el previo consentimiento de la autoridad francesa.

“Cerro de San Juan, á 18 de Mayo de 1863.”

El escrito anterior, que lastimaba en alto grado los sentimientos patrióticos de los ciudadanos á quienes iba dirigido, fué leído con indignación por éstos, quienes de conformidad rehusaron firmarlo; por lo cual el referido General González Ortega, que así en este negocio como en los subsecuentes quiso que todos obraran con la más plena y absoluta libertad, para que cada quien respondiera de sus actos como mexicano ante la Nación, tomó la pluma y redactó el siguiente documento, que fué aprobado por unanimidad y con entusiasmo por parte de todos nuestros Generales, dando su voto en primer término el General Berriozábal.

“Zaragoza, 18 de Mayo de 1863.—Cuerpo del ejército de Oriente.—Prisioneros de Guerra.—Los Generales prisioneros que subscriben, pertenecientes al ejército mexicano de Oriente, no firman el documento que se les ha remitido la mañana de hoy del Cuartel general del ejército francés, tanto porque las leyes de su país les prohíben contraer compromiso alguno que menoscabe la dignidad del honor militar, como porque se los prohíben también sus convicciones y opiniones particulares.—*Jesús G. Ortega.*—*Francisco Paz.*—*Felipe B. Berriozábal.*—*Florencio Antillón.*—*Francisco Alatorre.*—*Ignacio de la Llave.*—*Alejandro García.*—*Epitacio Huerta.*—*Ignacio Mejía.*—*José M. Mora.*—*Pedro Hinojosa.*—*José M. Patón.*—*Joaquín Colombres.*—*Domingo Gayosso.*—*Antonio Osorio.*—*Eutimio*

Pinzón.—Francisco de Lamadrid.—Porfirio Díaz.—Luciano Prieto.—J. B. Caamaño.—Mariano Escobedo.—Manuel Sánchez.—Pedro Ríoasco.—Manuel G. Cosío.—Miguel Auza.—Jesús Loera.”

El General Mendoza redactó y suscribió el documento que sigue: “Ejército mexicano—General de Brigada prisionero.—El que suscribe, oficial mexicano, no puede firmar el documento que se le ha presentado del Estado Mayor del ejército francés, porque se lo prohíben las leyes de su patria, sin por eso ignorar los deberes de un prisionero de guerra.

“Puebla, Mayo 18 de 1863.—José María G. Mendoza.”

González Ortega comisionó á los Generales que mandaban divisiones, y á los comandantes de artillería é Ingenieros, para que presentaran á los Jefes y Oficiales allí reunidos el documento remitido del Cuartel General del ejército francés, y la protesta que acababa de ser suscrita, manifestando á la oficialidad que estaban en libertad para proceder como lo creyeran conveniente.

Cerca de 1.400 jefes y oficiales firmaron la protesta hecha por sus generales, sin que hubiera uno solo que se contrajera el compromiso que pretendía el Estado Mayor del ejército francés.

La negativa anterior, tan absoluta cuanto unánime y espontánea, disgustó en alto grado al Gral. Forey, quien dió orden inmediatamente para que se recogiera á nuestra oficialidad sus *revólvers*, caballos, etc.; la condición de los prisioneros, á partir desde esta fecha, cambió completamente en sentido agresivo.

El 19 por la mañana, González Ortega pasó el Cerro de San Juan, acompañado del Gobernador de la plaza, y de una escolta de cazadores, con objeto de arreglar con el General Forey los términos en que debían quedar los prisioneros: algunas tropas francesas lo saludaron, y otras batieron marcha, haciéndole los honores correspondientes.

“Tuve una larga conferencia con el General Forey, dice González Ortega, respecto de la guerra que México sostiene contra la Francia, en la que me hizo presente: que la misma Francia no había venido á hacer la guerra á la nación mexicana, sino al personal del actual Presidente de la República, C. Benito Juárez, porque no podía garantizar ni los intereses mexicanos ni los extranjeros, y porque era la representación de un partido que quería la libertad para sí y

no para los demás, y que esperaba contar con algunos hombres de orden en la República, para que le ayudaran á marcar para ella una época de regeneración, y más cuando esperaba no quitarle á México á sus hombres de acción, de progreso y de reforma, pues que deseaba conciliar á ambos partidos.

“Por mi parte, procuré demostrarle con hechos lo difícil y casi imposible, políticamente hablando, que sería la realización de su empresa, porque México defendería al personal de su Gobierno de cuantas maneras le fuera posible, porque no veía en él á una persona sino un principio de dignidad nacional. Que México contaba con una inmensa extensión de terreno y que en ella conservaría la chispa revolucionaria y el principio de legalidad, aun cuando la Francia llegara á ocupar sus principales ciudades por contar con mayores recursos que México, como acababa de acontecer respecto de la ocupación de la plaza de Zaragoza, mientras no se consultara la voluntad nacional, bien manifestada ya al General Forey con el hecho de pisar hacía más de un año las huestes francesas el territorio de la República, y haber permanecido los pueblos de que ésta se compone fieles á la bandera constitucional.

“Le dije por último: que si yo tuviera la conciencia de que por aquellos medios se traía la paz y el sosiego á mi patria, yo mismo y de un modo voluntario me impondría un destierro de ella, para que mi persona no fuera un obstáculo á la paz de México; pero que conociendo las tendencias é historia del pueblo mexicano, así como la influencia de sus hombres públicos, creía que no iba á conseguir otra cosa la Francia que envolver á México en una guerra indefinida, y que por lo mismo, estaba dispuesto á seguir sirviendo á mi país natal siempre que pudiera hacerlo sin faltar á las leyes del honor.

“En la tarde del mismo día 19, prosigue González Ortega, el General en Jefe del Ejército francés pasó á la casa donde me hallaba preso á hacerme una visita, según se expresó.

“Me dijo que deseaba que lo presentara con los demás Generales mis compañeros. Lo hice así, y cuando todos estábamos reunidos, nos dijo:

“Que la rendición de la plaza había sido una cosa nueva y extraordinaria que no se registraba en los anales de la guerra europea; “porque ni había sido una rendición previas las garantías que se so-